

Cuadernos del Sur

Número 2



Abril-Junio de 1985

Tierra  fuego
del

Notas sobre la economía argentina durante la crisis de los años ochenta

Carlos Abalo

La integración mundial y las economías nacionales de la periferia

El sistema económico mundial actual está integrado por países capitalistas centrales de acumulación autocentrada, países de capitalismo periférico y países de economía centralmente planificada, con la mayoría de los medios de producción en manos del Estado. El mercado mundial, que es capitalista, está dominado por el capital financiero y las grandes empresas transnacionales, y el capital ha establecido un sistema de relaciones internacionales desiguales y jerarquizadas, sujetas a un centro hegemónico. En un sistema de este tipo, las economías nacionales no integradas plenamente ocasionan una pérdida de productividad en el promedio de la economía mundial. Las economías nacionales no plenamente integradas permiten un mejor nivel de vida en el espacio nacional, pero las burguesías nacionales más concentradas tienden a integrarse y subordinarse a la burguesía mundial cada vez con mayor fuerza. Las razones son varias: en primer lugar, en una economía periférica, la vinculación al comercio mundial genera rentas monopólicas de exportación que brindan un poder económico acrecentado por la disponibilidad de divisas. La burguesía industrial, que no cuenta con rentas de base agraria o minera, puede apropiarse de una parte de ellas si la industria está directamente vinculada con estas actividades o se ve favorecida con créditos preferenciales, tipos de cambio promocionales y exenciones impositivas y, además, dispone de divisas por operaciones de exportación que puede negociar en el mercado financiero. La vinculación de las industrias concentradas locales con el centro del sistema les asegura a éstas una posición monopólica en el mercado interno. Por último, a esto se agrega el sistema financiero internacional y la posibilidad de lograr ganancias adicionales en ese circuito, que pueden llegar a ser tanto o más considerables que las otras

y permiten también la difusión del capital en inversiones a lo ancho del mundo.

Con la integración, la burguesía imperialista consigue un más amplio acceso a la mano de obra barata y a una parte de las rentas agrarias y mineras. Para todos ellos, la difusión de la propiedad estatal, la intervención del Estado y la actividad de las burguesías poco concentradas significan una menor porción en el excedente mundial y un control más débil de esta compleja trama de relaciones que integran la acumulación en escala internacional, sin hablar del consiguiente menor control político y militar. De ahí que el capital financiero imperialista (propriadamente financiero y de intermediación), las oligarquías nativas (constituidas por las burguesías productoras de bienes primarios, y manufactureros de exportación y el capital financiero e intermediario doméstico asociados al capital imperialista), que podríamos denominar *establishment*, formen una cerrada alianza estratégica alrededor de una política no nacionalista, de integración del país periférico con el centro imperialista. Esta alianza estratégica sólo se debilita periódicamente cuando aparecen intereses contrapuestos en la gestión de la sociedad periférica o en la relación con los centros imperialistas.

En un *sistema mundial capitalista* como el actual, un funcionamiento con alto grado de autonomía tiende a reducir el aprovechamiento de las ventajas comparativas, que, en los países periféricos, se encuentran mayoritariamente en la producción primaria.

En la Argentina, las diferencias del sistema nacional de precios con los precios internacionales tenían un punto de partida: los precios relativamente bajos para la producción agropecuaria. Estos precios bajos elevaban el poder adquisitivo de los salarios y creaban un mercado complementario para la industria, cuyos precios eran, en términos generales, más altos que los internacionales. La renta agraria no sólo se reducía por medio de los precios, sino también por vía de los impuestos y del costo relativamente alto de los insumos. Esta última circunstancia contribuía a mantener un nivel de inversiones bajo en la economía agropecuaria, remarcando el carácter extensivo de la explotación. Las consecuencias eran una producción de cereales y de carne virtualmente estancada y la imposibilidad de exportar productos manufacturados. Precisamente la exportación industrial sólo pudo conseguirse con tipos de cambio más elevados y diferenciales con respecto a los tipos de cambio de la producción primaria, con créditos subsidiados cuyo origen estaba en la renta agraria y con la reducción en los salarios que siguió a la implantación de planes de estabilización

La acumulación de capital en los países capitalistas industrializados se basa en una diferente división social del trabajo con respecto a los países subdesarrollados, que se refleja en una articulación de tal calidad entre las ramas de la producción que puede hablarse de un sistema autocentrado. En la reproducción autocentrada, el sistema capitalista nacional puede concurrir a la competencia internacional en condiciones de relativa igualdad y ello facilita la división internacional del trabajo. La acumulación autocentrada conduce a una gran homogeneidad interna.

La sustitución de importaciones en los países subdesarrollados vendría a ser una especie de giro hacia una acumulación aparentemente más autocentrada, pero forzada y limitada. En la acumulación autocentrada, los costos están dentro de las pautas imperantes en el mercado mundial. En la sustitución de importaciones, los costos presentan grandes diferencias con las pautas mundiales, y esas diferencias sólo pueden cubrirse con altas barreras arancelarias. En la acumulación autocentrada puede haber diferencias de costos entre las diversas economías nacionales, pero la estructura de la producción tiene, en casi todos los casos, posibilidades de adaptarse a la sustitución, porque existe una cierta homogeneidad de desarrollo entre el país importador y el exportador. La mayor homogeneidad existente entre ellos, que se basa en la homogeneidad interna, reduce considerablemente las diferencias de costos y las ventajas de unos pueden trasladarse a otros en la mayor parte de los productos manufacturados en lapsos no demasiado grandes y con modificaciones arancelarias, cambiarias y de crédito relativamente pequeñas. En el periodo histórico en que la mayoría de los países capitalistas centrales conformaron sus sistemas nacionales, las distancias con los países que ya habían alcanzado una amplia capacidad de competencia mundial no eran siderales*, aunque esta situación podría modificarse en el futuro inmediato, si la revolución tecnológica en marcha tiene la envergadura que parece. Si así fuera, los países capitalistas industrializados menos desarrollados quedarían en un estadio intermedio entre los periféricos y las naciones centrales más avanzadas.

La posibilidad de una verdadera integración al mercado mundial depende de la manera en que la sociedad nacional resuelve su integración interna. Cuando la integración al mercado mundial se ba-

* Ver Carlos Abalo, "Argentina: fundamentos del reordenamiento económico y premisas para una propuesta industrial" en *Argentina: políticas económicas alternativas*, CIDE, Estudios de caso, núm. 1, México, septiembre 1982.

sa en la dislocación interna, no hay desarrollo sino profundización de la fractura interna mediante la constitución de una factoría exportadora.

Este fue el caso general de la Argentina, con las siguientes características específicas. La economía exportadora no dio la tónica del mercado de trabajo, porque la industrialización sustitutiva generó una demanda de mano de obra cuya remuneración estuvo basada en la extensión del mercado interno. Dado que este proceso se consolidó con el peronismo, en el marco del debilitamiento del poder económico del *establishment*, de la aparición de una nueva burguesía industrial no ligada a los intereses tradicionales y de la emergencia de un poder sindical alentado por el Estado para establecer un nuevo equilibrio con respecto a las clases dominantes tradicionales, las escalas de remuneración fueron relativamente elevadas, sobre todo en comparación con otras economías latinoamericanas y periféricas.

La acumulación homogénea restaurada

El modo de acumulación homogéneo del capitalismo periférico argentino anterior a la crisis de los años treinta fue paulatinamente sustituido por un modo de acumulación no homogéneo, contradictorio o dual.

El primero estaba fundamentado en una acumulación centralizada en la producción de carne y cereales en la pampa húmeda —que retenía una renta diferencial en escala internacional— articulada con una industria directa o indirectamente complementaria: la reproducción del sistema no generaba contradicciones insalvables dentro de las clases dominantes de la sociedad nacional ni en las relaciones jerárquicas de dependencia frente al capital imperialista, salvo en circunstancias excepcionales.

La plena vigencia de una *acumulación homogénea* significó en la Argentina la consolidación de una alianza estratégica, en la que los núcleos de la burguesía industrial concentrada tenían escaso peso y gran integración de intereses con la burguesía terrateniente y el capital bancario e intermediario.

El periodo de acumulación homogénea que culmina con la crisis de los años treinta estuvo condicionado por el funcionamiento de una economía agropecuaria competitiva. Desde los años treinta hasta 1976 se desarrolló la etapa de la acumulación compartida e inestable, marcada por una economía agropecuaria competitiva y

una economía industrial protegida. Durante los años de la crisis mundial y de la segunda guerra está planteada la dualidad de la acumulación, pero esa dualidad se aceptó en función de la crisis de la economía agropecuaria competitiva, de su requerimiento de precios sostenidos y de la necesidad de ésta de recurrir a subsidios y a la inflación. En el periodo peronista (1946-1955), la dualidad se definió a favor de la industria: el Estado desplazó la renta agraria hacia la actividad manufacturera y el mercado interno, que se financiaron no sólo con la renta agraria, sino también con recursos inflacionarios. El deterioro de la producción agropecuaria recortó el desplazamiento de la renta y la disponibilidad de divisas, y el Estado peronista debió replantear la relación entre ambos sectores, por lo que se puso en marcha un plan de estabilidad. En el periodo posperonista que se extendió de 1956 a 1976 se planteó la dualidad en forma abierta, dado que ninguno de los dos sectores pudo prevalecer definitivamente sobre el otro. El eje de la acumulación se trasladaba de uno hacia el otro, según la evolución de la balanza de pagos y el denominado "estrangulamiento externo", que expresa el conflicto en el momento en que el desplazamiento de la renta agraria a la industria manufacturera y el mercado interno extiende considerablemente la actividad de la industria y recorta los ingresos de la economía agropecuaria. En este periodo hubo un pequeño paréntesis (1973-1974) en que se trató de subordinar la acumulación agropecuaria a los intereses de la industria manufacturera y del mercado interno, de una manera más profunda que en el periodo 1946-1955, pero ese intento fracasó por la crisis del peronismo y la insistencia de una gran parte de éste de revertir dicho modelo. El golpe militar de 1976 provocó una rebaja histórica en el nivel de los salarios, de no menos de 10 puntos del PBI. En otros países de América Latina, las políticas de estabilización de los últimos años redujeron la participación de los asalariados, pero en proporciones menores. En Argentina, la reducción de los salarios sólo pudo hacerse a costa de un descomunal retroceso industrial, de una desarticulación de los circuitos productivos y de una represión particularmente intensa, en medio de una crisis continuada. El aumento de la participación de los asalariados en el ingreso nacional había sido una consecuencia de la relativa autonomía económica nacional y de la vigencia de un sistema de precios relativos diferente de los precios mundiales. Esa economía nacional con alto grado de autonomía sólo pudo subsistir mediante una elevada protección arancelaria y fuertes controles de cambio, apenas interrumpidos esporádicamente.

En 1976, la dictadura militar implantó un ordenamiento econó-

mico-social-político que terminó homogeneizando el modo de acumulación, pero no exactamente sobre los patrones tradicionales de comportamiento. Sucede que la vigencia del modo de acumulación no homogéneo había acrecentado los conflictos y las luchas por el reparto del ingreso entre las clases extremas y dentro de la burguesía. El resultado era una altísima tasa de inflación. Ese funcionamiento había dado lugar, al mismo tiempo, a una intervención del Estado que se tradujo en un déficit creciente. El capitalismo periférico argentino, basado en un modo de acumulación no homogéneo, no podía sobrevivir sin inflación y sin déficit fiscal. A diferencia de lo que sucedió con otros países de América Latina, la decadencia relativa de la Argentina se explica por la persistencia de esa situación, que se agravó con la crisis mundial. Sin embargo, la crisis internacional obró de una manera un tanto indirecta sobre la economía argentina, dado que las exportaciones de granos a la Unión Soviética más que neutralizaron la caída de la demanda en los mercados tradicionales, lo que — a su vez — permitió aumentar la producción agraria.

El golpe militar redujo los salarios y abrió la economía. El retraso del dólar, implantado en 1979 para facilitar el ingreso de capitales monetarios, demoró la crisis, pero cuando ésta se presentó fue particularmente aguda. La caída de los costos internos y el aumento del dólar agrario permitieron concentrar en la burguesía terrateniente, los productores pampeanos y las empresas transnacionales comercializadoras de granos una gran parte de la renta agraria diferencial en escala internacional, que antes se difundía parcialmente a través del Estado. Más tarde, el retraso del tipo de cambio y el endeudamiento generalizado, aunque no afectó notablemente a la pampa húmeda, facilitó la concentración de la producción en detrimento de los pequeños y medianos productores agrícolas. La rebaja arancelaria y el mantenimiento de una baja paridad para el dólar desquiciaron el aparato industrial. Asimismo, la reforma financiera de 1977 y el retraso del precio del dólar facilitaron el desarrollo de diversos mecanismos de especulación que ya se habían acelerado con el incremento de la deuda interna. En 1975, cuando se inició el profundo receso industrial, muchas empresas sortearon su difícil situación de ventas con ganancias extraoperativas provenientes de la adquisición de títulos públicos indexados con elevada rentabilidad. En lo sucesivo, la deuda pública originada en el déficit fiscal se convirtió en un mecanismo normal de ganancias privadas, y en muchos casos permitió formar o acrecentar el capital especulativo que se desarrollaría considerablemente a partir de 1977. La renta agraria y

el capital industrial encontraron en la especulación una forma de reproducción que ya no ofrecía el mercado de consumo. Por ese motivo, el pleno usufructo de las ventajas comparativas debidas a la exportación de bienes primarios favorece no sólo a la burguesía terrateniente, sino también al conjunto de la burguesía más concentrada, reduce los salarios y el mercado interno y, al integrar más a la economía nacional con la economía mundial, incrementa las posibilidades de rentabilidad del capital financiero internacional.

La evolución de la agricultura

Las únicas actividades económicas que en Argentina cuentan con ventajas comparativas internacionales son las relacionadas con la economía agropecuaria pampeana. El periodo de gran expansión del país concuerda con el desarrollo de la producción pampeana, mediante la cual la Argentina se incorporó al mercado mundial, como proveedora de materias primas para la producción de alimentos destinada al proletariado europeo y especialmente al inglés. Gran Bretaña era en ese momento el centro hegemónico del sistema capitalista, y la Argentina era un país periférico estrechamente vinculado a ese centro hegemónico con una producción complementaria.

La expansión del agro pampeano se detuvo en la crisis de los años treinta, pero poco tiempo antes, durante los veinte, prácticamente se había agotado la expansión de la frontera agropecuaria. La producción agropecuaria era predominante, expansiva y bastante primitiva, debido entre otros motivos a que el componente más importante era la producción de carne. El desarrollo de la pampa húmeda estuvo relacionado con la expansión de los ferrocarriles, del transporte marítimo y de las instalaciones portuarias. La producción de cereales y oleaginosas se triplicó desde comienzos de siglo hasta la crisis: en el periodo 1900-1905 se sembraron 5.7 millones de hectáreas de cereales y 1 millón de hectáreas de oleaginosas, lo que daba un total de 6.7 millones de hectáreas. En 1930-1935 se habían sembrado 15.7 millones de hectáreas de cereales y 3.2 millones de hectáreas de oleaginosas, lo que representaba un total de 18.9 millones de hectáreas. La producción anual de este último periodo fue de 17 millones de toneladas de cereales y de 2 millones de toneladas de oleaginosas.

El desarrollo agrícola se debió a la colonización y al arrendamiento. Los arrendatarios representaban, junto con los aparceros, el 60% de la producción de trigo y en las explotaciones había un marcado predominio del trabajo familiar (entre los arrendatarios y los

pequeños productores), que abarcaba del 50 al 70 % de las explotaciones. Los arrendatarios pagaban una renta elevada y disponían de un bajo nivel de ingresos. La explotación de este tipo, unida a la ganadería extensiva, llevada a cabo especialmente en las estancias, daba lugar a una bajísima incorporación de mejoras a la tierra.

De 1935 a 1980 hubo un estancamiento en la superficie cosechada. Durante la crisis los precios se redujeron hasta un 50 % con relación a los años veinte, pero no cayó el volumen de la producción de cereales. Hubo una decidida intervención estatal para fijar los precios y comprar las cosechas. La segunda guerra mundial interrumpió las exportaciones de granos, pero no las de carne (las de maíz, por ejemplo, cayeron a 10 % de sus niveles normales), lo que obligó a reducir la superficie cultivada. En 1942, el gobierno apoyó a los arrendatarios para preservar la producción agrícola e impedir un gran desplazamiento hacia la ganadería. La reducción de los arrendamientos se prolongó y redujo la renta de la tierra percibida por los terratenientes. En la posguerra se mantuvo la política agraria de los años de emergencia, retrasándose el tipo de cambio y los precios, con lo cual la agricultura financió el desarrollo industrial.

Esta política favorable al desarrollo industrial, pero que no promovió cambios estructurales en la producción agropecuaria, descapitalizó al sector, que reclamaba mejores precios para adquirir maquinarias. La respuesta fue una caída de la producción y de la exportación que provocaron una sustancial modificación en la política del gobierno peronista, en el comienzo de los años cincuenta.

En el momento de iniciarse la crisis de los años treinta, la producción de granos (cereales y oleaginosas) era de alrededor de 20 millones de toneladas anuales. Esa marca se mantuvo invariable hasta la iniciación del decenio de los setenta. Durante el primer quinquenio, el máximo de producción llegó a 25.9 millones de toneladas (en la campaña 1973-1974); en las dos campañas siguientes la producción se redujo y a partir de 1976-1977 el promedio de producción se ubicó cerca de los 30 millones de toneladas, pero en la actualidad la producción está en el orden de los 40 millones de toneladas anuales.

El considerable aumento de la producción agraria no fue sólo una consecuencia de las modificaciones introducidas por la política económica por el golpe militar de 1976. En los últimos veinte años se está registrando un incremento de los rendimientos; en la producción de oleaginosas, además de los rendimientos, se expandió la superficie cosechada, y el valor de la producción agraria creció no sólo por el incremento de la producción, sino por la mayor proporción de

oleaginosas (que tienen el doble de valor unitario que los cereales).

La mecanización tiene ya una larga trayectoria en el campo argentino y su desarrollo se debió al éxodo de trabajadores hacia las ciudades en los años cuarenta y cincuenta. La mecanización tuvo nuevo impulso con el aumento de la producción en los setenta, período en que se incorporaron los tractores de gran tamaño, adecuados a las nuevas características de la producción. También la elevación de la tasa de interés aumentó la mecanización, para aprovechar los créditos oficiales a menores tasas y lograr una mejor rentabilidad.

Sin embargo, el aumento de la producción agraria en los últimos años se debe en especial a la fitotecnia y los agroquímicos. Una parte de la mayor rentabilidad debida a la aplicación de estos productos fue comercialmente apropiada por las empresas transnacionales comercializadoras que generan y difunden estas tecnologías. La acción del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) en el mejoramiento de las semillas se redujo en los años de la dictadura. La mecanización y las mejoras fueron impulsadas por los créditos bancarios subsidiados.

La nueva forma de producir incrementa los costos unitarios, pero genera mayor rentabilidad por unidad de superficie, debido al aumento en los rendimientos. Para tener una idea de la magnitud del cambio en los rendimientos, puede señalarse que en los años veinte se obtenían en la pampa húmeda 2.000 kilogramos por hectárea de maíz, 30 años después se había llegado a 2.400 kilos, pero ya en la segunda mitad de los setenta se estaba trabajando con rendimientos de 4.000 a 4.400 kilos por hectárea. En comparación con Estados Unidos, el aumento de los rendimientos argentinos en trigo y maíz desde la primera mitad del decenio de los cincuenta hasta la segunda parte del decenio de los setenta fue sustancialmente inferior, salvo en soja. El aumento en los rendimientos argentinos en ese período también se sitúa por debajo del promedio mundial en trigo y por encima en maíz y soja.

Las modificaciones tecnológicas fueron impulsadas por considerables transformaciones sociales en la pampa húmeda. Por empezar, hubo una disminución del arrendamiento y un mayor desplazamiento hacia la agricultura en detrimento de la ganadería, debido a los bajos precios de la carne y a sus menores posibilidades de exportación frente a la enorme demanda de granos. En todos los casos hubo una concentración de la producción y las estancias asignan más importancia a la producción agraria. En función de estas variaciones, se produjo una especialización en las tareas de recolección, a cargo

de empresarios agrícolas dueños de tractores y cosechadoras, que surgieron a veces de los viejos arrendatarios. Los minifundistas y pequeños chacareros rentan sus parcelas a los empresarios agrícolas y el levantamiento de la cosecha y la primera fase de comercialización se simplificó por la difusión del transporte a granel, que redujo la mano de obra. Antes, los acopiadores vendían a los mayoristas y éstos a los exportadores; ahora existe una mayor integración vertical, con acopiadores que se hicieron mayoristas y viceversa, y con las transnacionales cerealeras trabajando también en el acopio.

Es cierto que hubo una transformación importante en la pampa húmeda y que la introducción de tecnología y la variación en la productividad colocan al agro más cerca de la evolución de los países desarrollados. Sin embargo, la explotación no ha perdido las características combinadas que mantienen el peso de factores que se identifican con el subdesarrollo. La producción argentina tiene bajos costos, pero la alta rentabilidad que se deduce de los bajos costos se expresa en la renta de la tierra, que en los decenios de 1940 y 1950 representaba aproximadamente de 30 a 35 % del valor de la producción, mientras que ahora se ha elevado a 40 ó 45 %. El gran peso de la burguesía terrateniente determina que esa renta quede en sus manos, debido al monopolio de la tierra, o que se transfiera parte hacia la comercialización y la incorporación de tecnología por medio de las empresas comercializadoras, lo que implica que el capital financiero internacional tiene una participación mucho más considerable en la explotación agropecuaria argentina. Además, la transformación operada en la pampa húmeda no puede explicarse sólo con la mayor incorporación de tecnología. La actitud más favorable de los grandes productores a una explotación más intensiva en capital es, en parte, una consecuencia del paulatino desplazamiento de la ganadería hacia las zonas marginales a raíz de las transformaciones operadas en el mercado mundial de carnes y de granos, pero también un resultado del doble proceso de concentración y división de las propiedades. El promedio de las explotaciones es más extenso en la actualidad, por la reducción de los arrendamientos y la desaparición de minifundios, pero también se han subdividido algunas grandes extensiones, por herencia o por compra, y ello dio lugar a una especie de *camino prusiano sui generis*, con un empresario agrícola rico más volcado a la inversión.

Sin embargo, la peculiar *prusianización* no transformó a la economía agraria pampeana en plenamente desarrollada, por la gravitación de la renta de la tierra, que en gran medida sigue sin invertirse en forma productiva. La incorporación de mecanización y

nueva tecnología se efectuó en gran medida sobre la base de créditos que contenían un subsidio implícito considerable. En el caso de los tractores, según un cálculo de Jorge F. Sábato, en 1974 ese subsidio implícito en el crédito, que no incluía el beneficio percibido por el pago diferido en la devolución del crédito ni las exenciones impositivas específicas, había ascendido a un máximo de 78 % sobre el precio nominal de la máquina *

Aunque la agricultura pampeana incorporó fertilizantes en una medida mínima, el uso de este tipo de tecnología no se puede comparar con la agricultura de los países capitalistas industrializados, que basaron en ella los grandes aumentos de productividad. Con retraso, la Argentina se apresta a incorporarlos, pero ello requerirá nuevos créditos subsidiados a los productores, para alentarlos a incrementar la producción. Es indudable que la política de expansión agropecuaria debe constituir uno de los pilares del crecimiento económico del país y seguirá siendo el principal medio de procurarse divisas, pero será necesario evaluar en qué medida deberán usarse los fertilizantes. Sucede que en los próximos años, la biotecnología provocará mayores incrementos de producción con costos mucho más bajos y sin daño ecológico. Por consiguiente, una de las cuestiones clave reside en medir la inversión estrictamente necesaria en fertilizantes en el periodo intermedio hasta la aplicación en gran escala de la ingeniería genética y volcar recursos a la investigación en esta última disciplina, para que en los años futuros la Argentina no pierda su única ventaja comparativa reconocida: la producción de granos y oleaginosas.

* Jorge F. Sábato, *La pampa pródiga, claves de una frustración*, Editorial Cisea, Buenos Aires, 1980; Adolfo A. Coscia, *Segunda revolución agrícola de la región pampeana*, Editorial CADIA, Buenos Aires, 1983.

• Carlos Abalo, Economista argentino. Jefe de la sección de economía del Semanario *El Periodista*, Buenos Aires, Argentina.

